

SOBRE EL SENTIDO DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Salomón Lerner Febres

El primer compromiso de una Universidad Católica es con la formación académica y ética de las personas. Antes que *producir* expertos en una u otra rama del saber científico o humanístico, en la Universidad Católica formamos seres humanos libres y plenos. Y ello es así porque invitamos a cada joven que se incorpora en nuestro claustro a participar de una vivencia que será al mismo tiempo formación intelectual y educación sentimental, cultivo de la inteligencia y desarrollo de la sensibilidad, búsqueda de soluciones y adquisición del saludable hábito de preguntar y cuestionar. Preguntar es dialogar. Practicar el asombro ante los enigmas de la naturaleza es conversar con el mundo, significa estar presentes en él como protagonistas y no como simples espectadores. De igual manera, cultivar la perplejidad ante los dilemas de la moralidad y buscar entre ellos un camino claro y razonable, éticamente sostenible, equivale a participar del gran diálogo de la comunidad humana, diálogo que no puede ser concebido como un espacio para dictámenes definitivos y autoritarios ni tampoco, por cierto, ha de ser entendido como campo para un relativismo cándido y simplista. Sea para atender con mirada de asombro a nuestro entorno natural y social, o para penetrar con espíritu crítico en las grandes encrucijadas morales de nuestro tiempo, formarnos como seres humanos, tal como lo entendemos en la Universidad Católica, no es otra cosa que abrir nuestras mentes y corazones al Universo que nos rodea y, sobre todo, a las carencias y padecimientos de nuestros semejantes. Al entenderlo así, pretendemos, por cierto, ser fieles a la voz de Cristo quien al exclamar “¡efetá!” manda que los oídos del sordo se abran y que la lengua del mundo cante.

¿Puede cantar el mudo y oír el sordo? ¿Puede el hombre de hoy mantener todavía un diálogo vivo, fresco y creativo con el mundo? ¿Puede acaso un país postrado por décadas de atraso, pobreza y violencia alimentar la esperanza de una vida mejor para todos? La educación que impartimos enseña a responder que sí a esas preguntas. Enseña, en primero lugar, a despertar a la pluralidad del universo y hacer de nuestro espíritu un hogar hospitalario para esa diversidad. Y en segundo lugar muestra que la formación humana y el cultivo del conocimiento no son –no podemos ser– ajenos a la utopía, a la esperanza, a la fe.

La fe y la razón caminan juntas en nuestros claustros. Procuramos una razón valiente, que no se refugia en la neutralidad ni en el cinismo, que no renuncia a hacerse preguntas y no retrocede en la búsqueda de sólidos cimientos para el conocimiento y la vida buena. Y practicamos una fe tolerante al poder de la razón, una fe que no le teme sino que ve en ella un medio más para hacer encarnar el mensaje evangélico en la Tierra. Juan Pablo II ha enseñado que “la fe que no se convierte en cultura es fe que no ha madurado o no ha sido convenientemente recibida”. Quienes formamos parte de esta Universidad asumimos la tarea de cultivar, multiplicar y compartir un saber de hondo contenido ético y una ética arraigada en la realidad circundante e iluminada por principios trascendentes.

Mayo, 2011.